

los enterramientos femeninos pero quizás en aquellos en los que las mujeres realizaban trabajos que requieren telares y a juzgar por la escasez de estas piezas, podemos decir que no era una tarea desconocida, pero tampoco frecuente.

Son así mismo habituales las bolitas y piedras de afilar, en estos casos de reducidas dimensiones. En la figura 258 podemos ver un ejemplo de estas piezas. En el caso de las piedras de afilar con diseño alargado, se han localizado en el enterramiento 24, junto a un bolita, figura 258,1, y en el 27 de tamaño mayor la piedra de afilar y sin bolita.

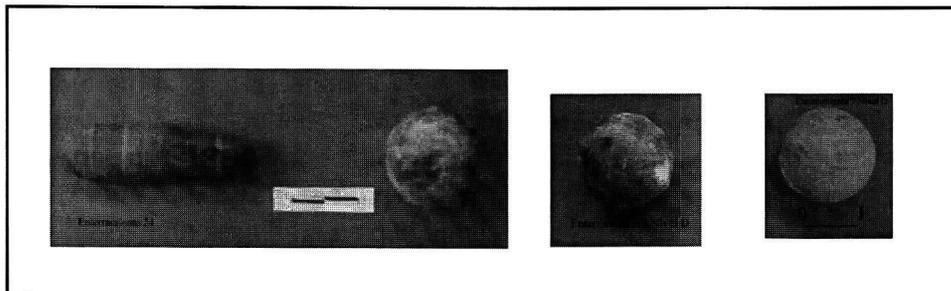


Figura 258.- Piedra de afilas y bolitas de distintos enterramientos.

Las bolitas de tamaño pequeño se recuperan en cinco enterramientos y no hay dato alguno que nos permita entender la función que tuvieron, por tanto nos limitamos a señalar su presencia.

## V) .- A CERCA DE CÓMO PUDO SER LA VIDA Y LA MUERTE EN EL CASTEJÓN DE ARGUEDAS.

### 1.- Introducción

Decíamos en la primera página de este volumen, que la investigación arqueológica tiene como objetivo primordial la recuperación del pasado del hombre. Hemos aplicado el método arqueológico para recuperar ese pasado que se refiere a un reducido grupo de personas que habitaron durante varias generaciones en un pequeño cerro, que hoy denominamos El Castejón, sito en Arguedas, localidad de la ribera del Ebro navarra y que sabemos que enterraron a sus muertos, en otro cerro próximo, de topografía y denominación similar.

Por tanto, los datos recopilados nos permiten conocer el lugar que eligieron para vivir y en el que reposaran sus muertos. Este hecho no tiene de sorprendente más que la circunstancia de conocer ambos lugares y haber intervenido en ellos.

Apetecieron este lugar por la proximidad al Ebro como lo hicieron otros grupos de gentes; si volvemos de nuevo a la figura 2 podremos comprobar los lugares que hay documentados de esta época y como algunos de ellos están a corta distancia de El Castejón, y siempre próximos a un río, pues los ríos fueron las verdaderas vías de comunicación en la Edad del Hierro.

## 2.- La vida y la muerte.

Nuestro objetivo era, con los datos acumulados, describir como pudo ser el día a día de las gentes que durante varias centurias ocuparon este pequeño altozano. Pero el pretender hacerlo, nos lleva necesariamente a hacer algunas conjeturas; pues, por los datos que tenemos, en lo referente al poblado, recordemos que son los extraídos a partir de la excavación realizada en 1946, que afectó a una superficie pequeña, repartida en varias zanjas, en las que se alcanza una profundidad suficiente para conocer la secuencia ocupacional del mismo, que comprende de la I Edad del Hierro a los romanos; mientras que en fechas recientes, entre 1989 y 1994, se interviene en la necrópolis. El área excavada de la necrópolis, no tiene la misma secuencia cultural que el poblado, pues como hemos visto se recuperan los vestigios de las gentes enterradas durante varias generaciones, que desarrollaron una cultura correspondiente a la I Edad del Hierro. Los habitantes de El Castejón durante la II Edad del Hierro y en época romana, descansan en otro lugar, no identificado aún.

En el poblado, en cuanto a los datos referidos a las estructuras arquitectónicas, recordemos, que lo recuperado es insuficiente para poder determinar si hubo un planteamiento urbano en el nivel inicial correspondiente a la I Edad del Hierro, como sabemos que existió en otros enclaves conocidos. Tampoco podemos saber con certeza como era la planta de las viviendas; ni su tamaño y la entidad de las mismas, pues los datos obtenidos nos permiten afirmar tan solo que las casas, en planta rectangular, se levantaron en adobe y con la madera de los árboles cercanos, entre los que se identifica el olmo.

En los niveles superiores: prerromano o II Edad del Hierro, el material identificado es muy escaso, una débil capa entre el nivel de la I Edad del Hierro y el romano conserva algún fragmento cerámico fabricado a torno y nos indica este momento cultural de la II Edad del Hierro. Sobre él, se documenta un último momento de ocupación en el que la romanización es un hecho. Lo avalan los escasos restos de muros pétreos, que fueron los de las sencillas viviendas que ocuparon un reducido número de personas, y suponemos viviendas sencillas a juzgar por la ausencia de elementos propios del confort del momento como son las tesellas; revestimientos parietales, etc.

Si efectivamente el lugar careció de muralla u otro elemento defensivo, tan propio de este tipo de enclaves, nos indica que estamos ante un asentamiento en cierto modo atípico, que responde a otros planteamientos. Creemos más bien que el muro o muralla, quizás de poca entidad, ha podido desaparecer, o sencillamente está oculto por efecto de la erosión y no ha sido localizado, pues se trata de un lugar, cercano al río Ebro, junto a una ruta de paso, que pudo tener el control de la vía por este punto, y para esta función, la existencia de la muralla era necesaria y habitual en cerros de estas características.

Este tipo de murallas cumplen otras funciones que podemos considerar prácticas, evitar que la erosión mermara la extensión de la plataforma superior, al tiempo que su presencia puede ser considerada como una cuestión de prestigio pues, como decíamos por una o varias razones, los poblados de esta época lo tienen.

No se han recogido restos de fauna por tanto, no podemos saber con que animales convivieron, ni cuales fueron aprovechados para su alimentación, pero estamos seguros que en su dieta estaba incluida la ingesta de carne procedente de animales que habían cazado y que habían pastado en los campos próximos.

Tampoco conocemos como fue la vegetación arbórea y no arbórea, pues no se han realizado los análisis de polen necesarios, pero creemos que contaban con un arbolado más denso que el actual, trabajarían el espacio próximo al poblado para obtener los productos propios de la huerta; pues la ganadería y la agricultura eran la base de la subsistencia de las gentes de esta época.

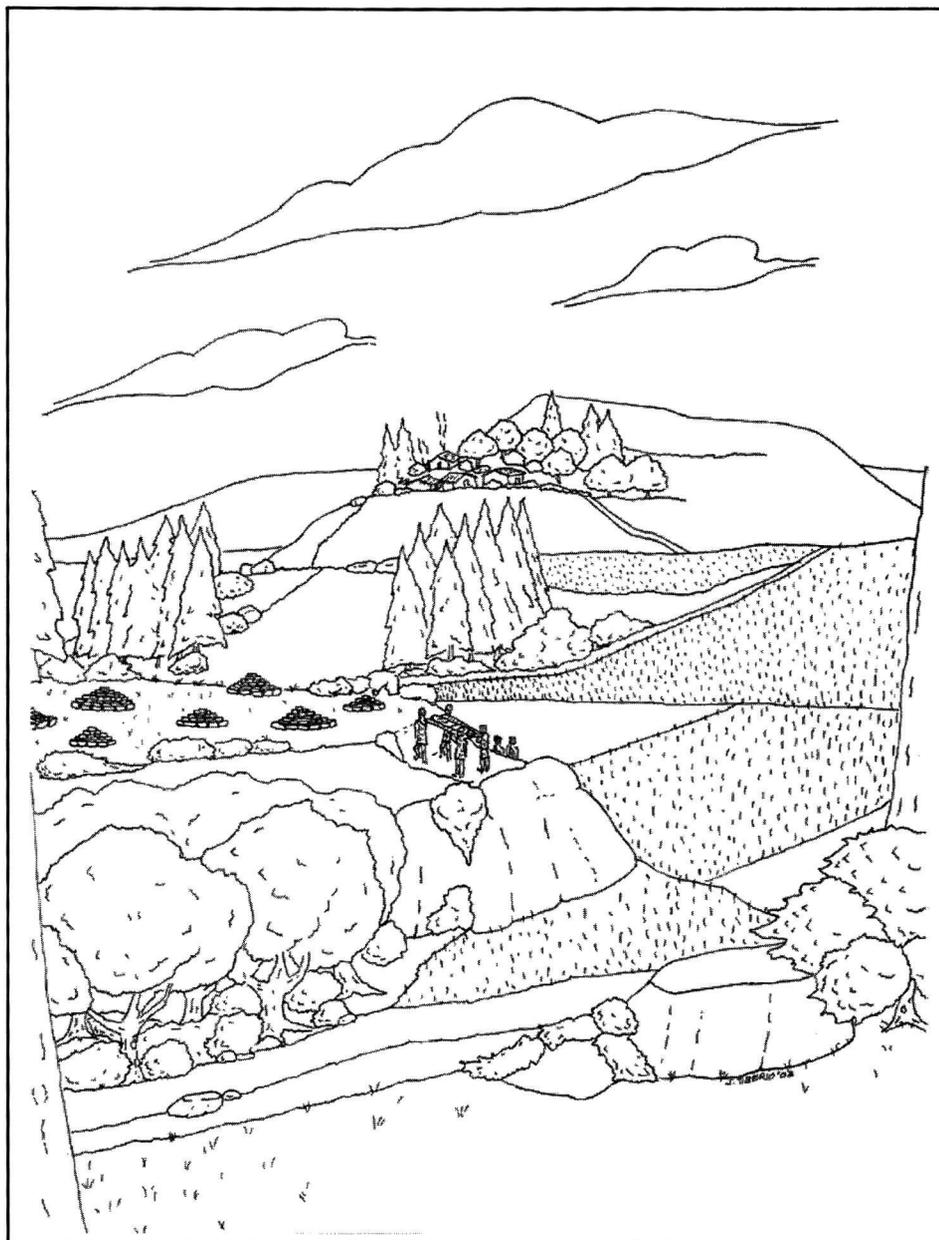


Figura 259.- Supuesto de cómo pudo ser la relación entre el poblado y la necrópolis durante la I Edad del Hierro en El Castejón, Arguedas.

Y a lo largo de las centurias, con seguridad que se produjeron cambios tanto en el número de personas que ocuparon y explotaron el lugar, como en el modo de acomodarse al medio. Un dato tenemos claro al respecto y se refiere al modo de construir sus viviendas: en la I Edad del Hierro eran de adobe y troncos y en época romana de piedra. Más difícil es calcular el número de individuos que lo ocuparon en cada uno de los momentos diferenciados pero, dada la superficie del lugar, hemos de pensar que tuvo que ser muy reducido.

Durante la I Edad del Hierro, al morir una mujer podemos pensar que su cuerpo, cubierto con sus mejores prendas y engalanado con todas las joyas que poseía: collares, torques, fibulas pulseras, anillos, pendientes, borche de cinturón, amuletos y colgantes, etc. era llevado por familiares y amigos, quizás por todos los vecinos del pueblo, al montículo cercano, bien visible desde el pueblo, allí, en un lugar debidamente preparado para ello, ustrinum, se procedería a la cremación. Finalizado este rito, cuando los rescoldos de la combustión están aún humeantes, los llevan al lugar destinado para ella. Recogen todo lo que queda: ha desaparecido ya el 90% de los huesos, y solo pueden retirar cenizas y las piezas metálicas que son ya cuentas sueltas lo que fueron vistosos collares; grapas y botones que embellecían las prendas que cubrían su cuerpo; broches de cinturón distorsionados; parte de una fibula y los trozos de las vasijas que habían contenido, no sabemos bien que tipo de líquidos o alimentos. Llegan al lugar que han marcado con adobes, formando un pequeño círculo, y lo depositan todo con rapidez, lo tapan con más adobes que van acercando y apoyando en los propios restos hasta formar un pequeño montón o túmulo. En este pequeño espacio el calor acaba por endurecer la cara interior de los adobes.

De este modo desaparecían todos los elementos de ajuar que poseyeron las mujeres: los lucían en vida, y con su dueña, eran destruidos para siempre en el rito de la incineración, aunque esta afirmación no es del todo correcta, en ocasiones encontramos piezas intactas, por razones que desconocemos, que se han salvado del fuego, el caso más llamativo es quizás el torques del enterramiento 35, que no solo no se rompió como hicieron con otros torques, sino que no se quemó y entero, se depositó en la correspondiente tumba.

Los túmulos están unos junto a otros, unos son grandes, tienen hasta un anillo exterior de piedra del lugar; otros son más pequeños, solo de adobes, quizás cada uno tiene una señal exterior que permite a sus familiares identificarlo, algunos han traído la piedra desde bien lejos, o quizás no ponen nada, cada cual sabe cual es la suya y es suficiente.

Desde el pueblo los ven, pero llega un momento que no hay más sitio, a pesar de haber puesto unos sobre otros, pues han elegido este lugar, aunque es pequeño, por que está en alto, por que saben que si lo ponían en el llano, las aguas del Ebro se lo llevaba todo, pues en el llano con mucha frecuencia las aguas arrastran las cosechas, y es malo perderlas, pero no pueden consentir que eso pase con el lugar donde reposan los restos de su madre, su hermana o su mujer, no, por eso lo eligen allí, en alto, a salvo de las crecidas del Ebro. Y el lugar se abandona, pues las gentes que siguen viviendo en el altozano próximo, incluyen nuevos elementos de ajuar y nuevas costumbres, es ya la II Edad del Hierro, y buscan otro lugar para enterrar a sus difuntos, por eso, pronto se pierde en el recuerdo de las gentes, que ese lugar había sido el elegido por sus ancestros, para que reposaran sus muertos.

3.- Los enseres.

A partir de los restos materiales de su ajuar, podemos conocerles un poco mejor. Durante la I Edad del Hierro, sabemos que las gentes que vivieron en esas casas de adobes, de troncos y ramas; que se alimentaron de los productos que cosechaban en su entorno, produjeron una gran variedad de recipientes cerámicos, de todos los tamaños: los grandes, para almacenar los productos sobrantes de la recolección, otros más pequeños, para cocer los alimentos, en ambos casos la superficie exterior no estaba muy cuidada, pero la decoraban con frecuencia a base de aplicar cordones de la misma pasta, con impresiones de distintos objetos. Para comer en ellos, o para otros menesteres, modelaron vasijas pequeñas a las que les dieron un tratamiento especial puliendo cuidadosamente sus superficies, pero en estos recipientes no invirtieron su tiempo en decorarlos, se contentaron solo con pulir sus superficies.

Si fuéramos a juzgarlos por este ajuar cerámico, que es lo único que tenemos del poblado, diríamos que era gente sencilla a la que su economía no permitió adquirir las nuevas piezas que se estaban ya haciendo en distintos metales: bronce y hierro fundamentalmente, pues no hay ni un solo objeto metálico en la superficie excavada en el poblado. Pero, como conocemos otra parte del ajuar de las gentes que vivieron en este lugar, que ocuparon esas casas, que hicieron esas vasijas, podemos decir que sí estuvieron al corriente de las modas, y que tuvieron capacidad para adquirir piezas metálicas, incluso algunas tuvieron piezas de oro.

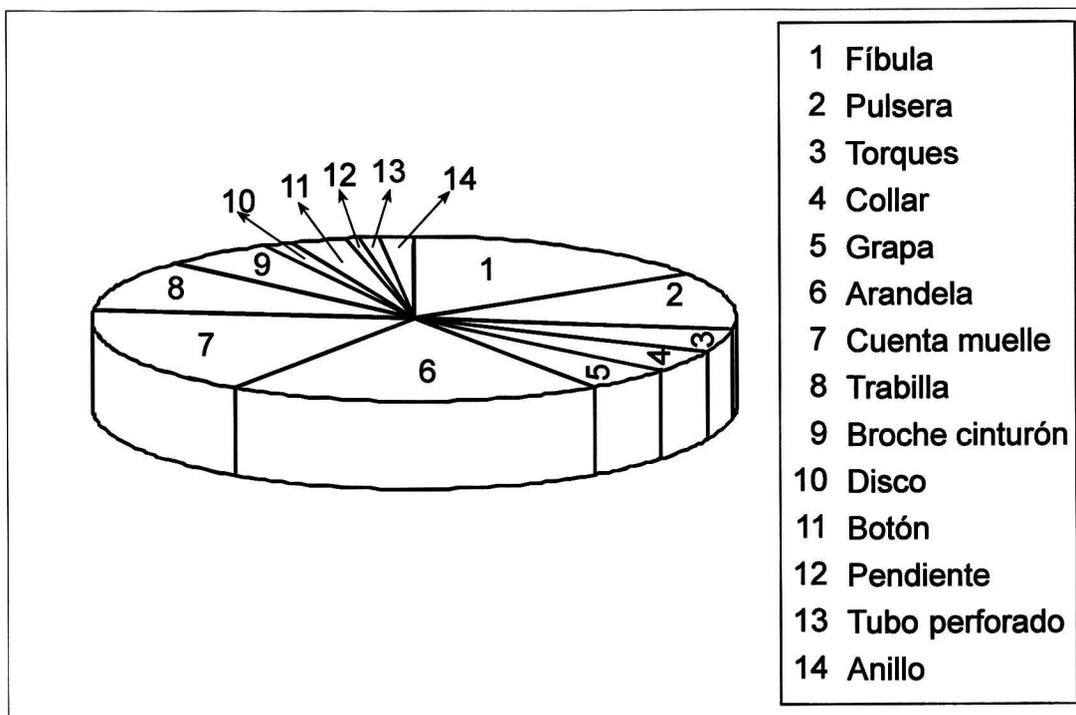


Figura 260.- Porcentaje de las distintas piezas localizadas en los enterramientos.

Es el ajuar localizado en la necrópolis y lo hemos contado y por eso podemos conocer en que proporción se encuentra cada una de las piezas identificadas: las arandelas con un 19% del total, son las más abundantes, localizadas en 34 enterramientos; siguen en importancia las cuentas que hemos denominado de tipo

enterramientos; siguen en importancia las cuentas que hemos denominado de tipo muelle, con un 17% pues se ha documentado en 31 enterramientos su presencia y las fibulas con un 16% al detectarse en 29 lugares y así podemos seguir tal como se desprende de la figura 260, hasta las piezas menos frecuentes, como el anillo, los discos etc.

Pero entre tantas piezas, solo hay objetos de adorno, por eso y porque no encontramos herramientas ni armas, pensamos que el lugar que hemos excavado corresponde al que enterraban a las mujeres y como entre los objetos del ajuar encontramos en varias ocasiones torques, sabiendo el significado de esta pieza, podemos pensar que sus poseedoras, ejercieron un papel especial en el grupo.

En cuanto a la cronología de El Castejón tanto en el lugar de vivienda como en el de enterramiento, carecemos de dataciones absolutas, no se ha realizado ningún tipo de análisis que lo permita por tanto debemos conformarnos con hacerlo a base de comparar lo que tenemos, con otros lugares próximos, de características similares.

Por lo que respecta al poblado, partimos de las características del emplazamiento y del ajuar cerámico disponible; en ambos casos, no hay dudas para atribuirle su correspondencia con la I Edad del Hierro, pero aún podemos precisar un poco más, creemos que la práctica ausencia de decoración en las vasijas pulidas, nos pueden estar indicando que esos enseres corresponden a un momento pleno de la I Edad del Hierro, hacia su final, desde luego no es el inicio de este periodo, cuando aun, con reminiscencias del Bronce Final, las cerámicas son decoradas con trabajosas técnicas: excisas, acanaladas, incisas, etc., que aquí están ausentes, por eso decimos que es el final de esta producción, que ya no decora los vasos pulidos.

Los restos de la necrópolis: estructuras y ajuar, nos permiten también precisar algunos aspectos. Esta necrópolis es una más de las necrópolis ya conocidas en el valle medio del Ebro que constituyen un grupo, bien definido en fechas recientes, por autores como J. I. Royo y J. A. Pérez. Cuando Royo justifica las diferencias regionales dentro de la unidad cultural de este grupo, delimita el correspondiente al valle de La Huecha en el que se encuentran las de: La Atalaya; Burrén y Burrena; Mallén; El Quez y Cabezo de las Viñas, a las que habría que añadir, aunque esté mas alejada la de La Torraza (Royo, J.I. 2000). Creemos que la inclusión de esta última en el grupo de La Huecha se debe a que quedaba sola, pero vamos a ver como los nuevos hallazgos de las necrópolis de El Castejón y El Castillo, próximas a La Torraza; nos permiten considerarlas como un grupo, el más occidental dentro de este valle medio del Ebro.

Los rasgos en común de las tres necrópolis navarras respecto al grupo de La Huecha son que en todas, se aprovecha intensamente el espacio; en el ajuar son más abundantes los objetos de adorno que el armamento, y tienen una cronología de la I Edad del Hierro entre el siglo VI y IV a.C.

Pero ahora tenemos que concretar en que se diferencia este nuevo grupo del resto, o cuales son sus singularidades. No es fácil responder a estas cuestiones pues recordemos que la necrópolis de La Torraza, se excava en una pequeña superficie y en fechas remotas, 1957, mientras que aun no han sido publicados los resultados de la necrópolis de El Castillo, por tanto, el tratar de extraer esos rasgos comunes y

diferenciadores, es prematuro, pero si podemos señalar, a modo de colofón, los aspectos más significativos de la necrópolis de El Castejón.

#### 4.- Rasgos más significativos de la necrópolis de El Castejón.

- Recordamos que el área excavada ha sido de 200 m<sup>2</sup> en ellos, se han identificado ochenta y siete enterramientos. En la mayoría de los casos el enterramiento estaba señalado por un número de adobes que cerraban un pequeño espacio en forma circular. Todo parece indicar que finalizada la deposición de los restos, el espacio era cubierto con adobes hasta formar un túmulo, que podemos considerar como el contenedor de los restos.
- Los túmulos eran de adobes y en algunos casos tenían un segundo círculo exterior de piedra. Se disponen a corta distancia unos de otros, no hay orden establecido, pues incluso se superponen los enterramientos por el reducido espacio disponible.
- Salvo un caso, enterramiento 59, que parece que tuvo una estela, en el resto, no se ha conservado señal alguna que indicara su presencia.
- No se ha localizado el lugar donde se realizó la cremación, pero si podemos decir que la cremación, en todos los casos estudiados, fue total.
- Los ajuares estaban constituidos por elementos cerámicos y metálicos. Ningún recipiente tuvo función de urna cineraria, la cerámica es un elemento más del ajuar. Emplean recipientes pequeños, de superficies pulidas, lisas y en algunos casos sin pulir, y entonces pueden tener decoración incisa sobre cordón. No sabemos la función específica de las vasijas en general, ni el significado concreto de la ollita y el trípode, pero este conjunto nos lleva a pensar que pudo servir para realizar algún tipo de rito relacionado con el enterramiento.
- Los ajuares metálicos son muy abundantes y podemos diferenciar piezas con función práctica y decorativa como los broches de cinturón, fibulas, botones y grapas o solo decorativa: torques, collares, pulseras, anillos y pendientes.
- No hay una sola pieza o fragmento que podamos relacionar con el ajuar del guerrero.
- Además, la mayoría de las piezas metálicas son de tamaño pequeño, por tanto podemos considerar que tales enterramientos pudieron ser femeninos.
- Recordemos al respecto a P. Brun, cuando dice que en este momento, las armas señalan a los hombres, los torques identifican a las mujeres (Brun, P, 2002). También parece reconocerlo G. Delibes al dar cuenta de una moderna hipótesis por la que brazaletes y torques pudieron haber sido símbolos elitistas de grandes personajes femeninos, aunque se refiere a piezas nobles ( Delibes, G. 2002).
- Y aún podemos precisar más, los enterramientos excavados están en un área muy concreta, quizás sea esta la zona destinada a las mujeres, mientras que los hombres ocuparían otro espacio, aún no localizado.
- Este tipo de necrópolis viene definiéndose como Campos de Urnas pero en el caso de El Castejón de Arguedas, hemos visto como la urna no cumplía la función de contener los restos de la cremación luego ¿qué denominación sería la más adecuada?, pues la que describe la realidad, es decir, una necrópolis de incineración en túmulos.
- El ajuar recuperado corresponde culturalmente a la I Edad del Hierro.
- Las piezas estudiadas son más o menos habituales en las necrópolis próximas, dentro de los límites de Navarra nos referimos a las excavadas años atrás en La Torraza de Valtierra y La Atalaya de Cortes asociada al poblado de El Alto de la Cruz y la recientemente excavada, en el término municipal de Castejón, El Castillo.

Todas ellas se encuentran a corta distancia del Ebro, y pertenecen culturalmente a la I Edad del Hierro.

- Esta etapa va estando bien perfilada en Navarra gracias a los continuos trabajos que se vienen realizando, así hoy conocemos la ubicación de más de 100 lugares de habitación de los que han sido intervenidos arqueológicamente en algo más de una decena y de 7 necrópolis con intervención arqueológica en 4. ( Castiella, A. 1995 y Castiella y Tajadura, 2001).
- La pobreza de los ajuares recuperados en el poblado contrasta enormemente con el contenido de los enterramientos. En el poblado queda la cerámica, en los enterramientos los bienes de adorno que cada individuo tenía.
- Las piezas que hemos podido estudiar son diseños habituales de la época, en algunos casos sorprende el elevado número, como ocurre con los torques, o el hecho de encontrar determinadas piezas, como las fibulas- placa, pero estas situaciones son habituales en la investigación arqueológica, con frecuencia nuevos hallazgos hacen modificar determinadas hipótesis no obstante, hacen falta más datos para valorar adecuadamente estos hallazgos, que de momento, nos están indicando una relación con la meseta oriental y el mediodía francés.
- Por ello, finalizamos formulando un deseo: que el estudio completo de la reciente necrópolis excavada en Navarra, la de El Castillo en Castejón, se realice pronto para que pueda ser referente a la hora de interpretar el comportamiento que tuvieron los distintos grupos indígenas ante las novedades que indudablemente llegaron, valiéndose del cauce del Ebro y de sus afluentes, que actúan como vías de comunicación rápida y que afectaron a cuantos ocupaban lugares próximos.